LA DISPERSION DE LAS PALABRAS: NOVELAS Y NOVELISTAS ARGENTINOS EN LA DÉCADA DEL SETENTA

POR

SAUL SOSNOWSKI

University of Maryland

Con un vértigo inmedible —no uniforme— se había pasado de las aperturas esperanzadas a la euforia de renacimientos y resurrecciones; de allí a la penumbra de las persecuciones, los silencios, las muertes y las distancias. En pocos años se resumieron y conjugaron violentamente largas luchas que rememoran tristemente los artilugios de la exaltación oficial de otra década del 80. Las crisis son mayores, las polarizaciones más articuladas, las defensas de los valores «occidentales y cristianos» más vociferantes, las nóminas de los ausentes más extensas.

Proscripción de palabras y anulación de cuerpos. Todo se reemplaza por otras imágenes y otros vocablos más afines a un futuro diagramado por líneas ascendentes en toda curva financiera que prescinde de sus bases. Como siempre en estas etapas, se vuelve a escribir la historia. Es materia maleable que se somete fácilmente a los dedos que se entrenan y se fortalecen en otras debilidades. Es el momento de otros triunfadores que recuperan tronos, voces, grandes dosis de patriotismo, un insuperable uso de símbolos que recortan lo propio: cuerpo sano que expele sus cánceres, todo indicio de lo ajeno, toda presencia que no se uniforma en un saludo único a una presencia sin fisuras.

Y frente/ante/dentro en la historia se busca el término que señala la violencia con la fuerza que exime de la residencia territorial o de la vida; de la palabra *justa* que alegoriza ante el miedo aquello que es la raíz inevitable de ese recurso.

Los panegíricos a la hora de la espada; los reiterados silencios de irreductibles bahías y redes; las trivialidades de libros de playa o de avión en busca de mercancías rentables; la puesta al día de todo *best-seller* (lo inocuo también asegura la cercanía al «progreso occidental» que así lo identifica); la apelación a modas lejanas, etc., arman la facha-

da plácida del mirador optimista, que ya puede transitar por calles limpias y ordenadas.

Ante la falta de antecedentes, abundan las maniobras. La improvisación, la defensa, el enunciado ahuyentado más entre letras que entre líneas son otras de las múltiples caras de la supervivencia y de la palabra que se niega al silencio. No se trata ya del texto acomodaticio, ni de la entibiada timidez de la puerilidad. Se entabla el encuentro —el de siempre y, por sus riesgos, el casi inédito en este territorio— entre el cuerpo físico que exige su integridad para pronunciar la voz que no quedará trunca y la fuerza que se afianza en los tonos cada vez más quedos que se repliegan ante las amenazas.

Si bien es cierto que los últimos años han visto el mayor despliegue de presencias literarias en el exterior, resultaría esquemáticamente falso contraponer una «literatura del exilio» a una producción nacional interna. Las «opciones geográficas» han sido determinadas en muchos casos por el orden de la violencia, el ultimátum anónimo, los golpes o chirridos que preludiaban otro fin. Pero ello —a pesar de ciertos deseos del poder— no ha logrado excluir de la norma nacional a aquella literatura que desde las lejanías impuestas por esas mismas fuerzas formulan un plan de lucha o cuestionan las raíces de un presente agobiador. Ni aun los escritores que con inusitada lucidez contemplaron los desplazamientos que a comienzos de la década del setenta formulaban los que abandonaron toda pretensión pocos años más tarde pudieron anticipar la violencia de la reacción. Los golpes incesantes, la seguidilla de las derrotas, impedían la contemplación mesurada. Quedaba —para muchos ni eso— la última oportunidad de la salida hacia el exilio. Salir era permitirse siquiera la coordinación de un pensamiento que aclarara el impacto de una rigidez desmesurada que continúa formulando día a día sus múltiples variantes de la destrucción bajo la fachada —tan conocida por otro lado— de la limpidez del progreso material de ciertos sectores de la población.

A raíz de estos hechos, el exilio mismo adquirió otra dimensión. Los miles de kilómetros cedieron ante la distancia mayor impuesta por los cánigos de la pureza del lector; ante el congejo del poder que formula la estructura de un país diferente, ajeno, que recorta el uso del lenguaje; que prohíbe ciertos vocablos; que ensalza y vitupera; que se repliega y se expande ante las contracciones de todo aquello que pudiera resultar disonante con la versión oficial, única; que todo lo describe y todo lo posee. Aumenta así el distanciamiento frente a lectores negados —número infinitamente mayor al de los escritores que buscan ese contacto a través de la marginación—. Y a pesar de ello, algunos han

logrado desde adentro apelar a los resquicios, a las líneas estrechas de lo permisible para plantear cierta elucidación del enfrentamiento actual. Mecanismo de defensa este que también se lanza hacia la recuperación de su territorio utilizando las mismas armas del enemigo. Se crea así un espacio menos restringido, se genera la posibilidad de la enunciación, de la afirmación del yo-nosotros ante el posible desplazamiento hacia el silencio absoluto.

Las crónicas literarias a menudo registran la constancia de muchos de nuestros escritores. Las reiteraciones de Borges, las lucubradas configuraciones que mantienen el regocijo de Mújica Laínez, las trivialidades de Silvina Bullrich; la fina elegancia y la depuración de Bioy Casares; la mirada aviesa de Denevi; la paciente labor del fallecido Verbitsky; el ahincamiento profesional de S. Poletti y, en otro orden, de B. Guido, etc.¹, podrían darle al lector parcial(izado) la pauta de un marco apacible en que la literatura goza de buena salud a orillas del Plata. Todo ello a pesar de los achaques de cierta decadencia en la preeminencia continental del país, la crisis económica, de la que no es aje-

---

¹ Fue un acontecimiento editorial la publicación de las *Obras completas (sic)* de Borges en 1974, seguida de inmediato por nuevas colecciones de poemas. Véanse, por ejemplo, *La rosa profunda*, 1975; *La moneda de hierro*, 1976; *Historia de la noche*, 1977 (publicadas todas por Emecé). Huelga mencionar sus ya conocidas declaraciones en materia de política. Al respecto resulta importante el planteo de Pedro Orgambide, *Borges y su pensamiento político* (México: Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino [Casa Argentina], 1978).

(La procedencia de las editoriales, a no ser que esté específicamente indicada, refiere a Buenos Aires.)

De Manuel Mújica Laínez, *Cecil*, 1972; *El laberinto*, 1974; *El viaje de los siete demonios*, 1974; *Sergio*, 1976 (todas publicadas por Sudamericana).

De Silvina Bullrich, *Los monstruos sagrados* (Sudamericana, 1971); *Te acordarás de Taorima* (Emecé, 1975); *Será justicia* (Sudamericana, 1976).

De Adolfo Bioy Casares, *Dormir al sol* (Emecé, 1973); *Historias de amor* (Madrid: Alianza-Emecé, 1975); *El héroe de las mujeres* (Madrid: Alfaguara, 1978); *Historias fantásticas* (Madrid: Alianza, 1976).

De Marco Denevi, *Hierba del cielo* (Corregidor, 1973); *Los asesinos de los días de fiesta* (Emecé, 1974); *Los locos y los cuerdos* (Huemul, 1976).

De Bernardo Verbitsky, *Etiquetas a los hombres* (Barcelona: Planeta, 1972); *Octubre maduro* (Macondo, 1976); *Hermana y sombra* (Planeta Argentina, 1977); *A pesar de todo* (Monte Avila, 1978). Una versión personal de la literatura argentina en su *Literatura y conciencia nacional* (Paidós, 1975).

De Syria Poletti, *Historias en rojo* (Losada, 1973); *El misterio de las valijas verdes*, además de su amplia labor para niños y adolescentes que ha predominado en los últimos años.

De Beatriz Guido, *Los insomnes* (Corregidor, 1973); *El pibe cabeza: Crónica cinematográfica* (Schapire, 1975). Conviene recordar su larga y productiva asociación con Leopoldo Torre Nilson. *Piedra libre* (Galerna, 1976).

na la industria del libro, y las declaraciones de los insatisfechos de siempre que ven todo cambio como un ataque contra la felicidad de las costumbres establecidas en torno a rincones y hábitos tradicionales. Tal lector omitiría, posiblemente, la lectura de Walsh, cuyos textos recortaron peligrosamente la crónica histórica y el filo de un género y una profesión que acabó con su denuncia e impugnación de la barbarie². También omitiría la revisión de las propuestas de Conti, cuya trágica desaparición ha dificultado una lectura que prescindiera de las etapas previas a las aventuras de su Mascaró³. La lectura general optaría por el plácido refugio de los personajes de Gudiño Kieffer⁴. Observaría con interés el desarrollo de la literatura policial y se regocijaría con las peripecias de Asís, Martelli, Soriano, Tizziani, Urbanyi⁵. O seguiría la presencia de Sábato⁶. La versatilidad y la puesta al día de los argentinos con la sintonía europea de avanzada tranquilizaría al mirador ecléctico con los nombres de algunos experimentadores de las letras. Seleccionaría los

---

² La línea identificatoria de Walsh ha adquirido su justo renombre a partir de *Operación masacre*, 1957. En 1969 continuó con *¿Quién mató a Rosendo?* y en 1973 con *El caso Satanowsky*. En 1973, Siglo XXI publicó *Un oscuro día de justicia*.

³ Véanse: *Con otra gente* (CEDAL, 1971); *En vida* (Barral, 1971); *Mascaró el cazador americano* (La Habana: Premio Casa de las Américas, 1975); *La balada del álamo carolina* (Corregidor, 1975).

⁴ Eduardo Gudiño Kieffer, *Guía de pecadores* (Losada, 1972); *La hora de María y el pájaro de oro* (Losada, 1975); *Será por eso que la quiero tanto* (Emecé, 1975); *Medias negras, peluca rubia* (Emecé, 1978). Merece recordarse su *Carta abierta a Buenos Aires violento*, 1970.

⁵ Osvaldo Soriano, *Triste solitario y final* (Corregidor, 1973); Juan Carlos Martelli, *Los tigres de la memoria* (Sudamericana, 1973); Rubén Tizziani, *Los borrachos en el cementerio* (Siglo XXI, 1974) y *El desquite* (Emecé, 1978).

Pablo Urbanyi, *Un revólver para Mack* (Corregidor, 1974).

En intereses similares deben ubicarse las siguientes obras: Pacho O'Donnell, *La seducción de la hija del portero* (Siglo XXI, 1975); Juan Carlos Martini Real, *La carta al general* (Calatayud-Dea, 1971) y *Macoco* (Corregidor, 1974); Juan Carlos Martini, *Pequeños cazadores* (CEDAL, 1972); *El agua en los pulmones* (Juan Goyanarte, 1973); *Los asesinos las prefieren rubias* (La Línea, 1974).

Véanse también las obras de Jorge Asís: *La manifestación* (CEDAL, 1971); *La familia tipo* (Planeta Argentina, 1974); *Los reventados* (Crisis, 1974); *Fe de ratas* (Sudamericana, 1976).

Las grandes ventas de Enrique Medina constituyen un caso interesante: *Las tumbas* (Ediciones de la Flor, 1972); *Las hienas* (Sudamericana, 1975); *Strip-Tease* (Corregidor, 1976).

Uno de los mejores ejercicios críticos planteados en torno a una búsqueda detectivesca de/a lo Arlt, en Ricardo Piglia, *Nombre falso* (Siglo XXI, 1975).

⁶ Ernesto Sábato, *Abaddón el exterminador* (Sudamericana, 1974) y la reciente colección de ensayos *Apologías y rechazos* (Barcelona: Seix Barral, 1979).

singulares textos de Libertella⁷ para pasar a una lectura asentada, sólida, que recupera espacios ajenos a la cotidianeidad porteña —Tizón, Moyano, Hernández, Di Benedetto— o a los que desde ella aún guiñan el humor de Blaistein⁸.

La visión panorámica de la producción literaria durante los años setenta arroja, sin duda, un balance positivo en cuanto a las dimensiones de lo editado y, lo que es de mayor importancia, el nivel de dicha producción tanto en el contexto nacional como en el más amplio radio latinoamericano. A través de su propia especificidad —y sin la dudosa precisión de ciertos índices económicos—, esta producción ha dado cuenta de los procesos de crisis que han recabado en el fin de toda pretensión de apertura democrática, un fin asentado en el lenguaje que dictamina tajantemente la línea divisoria de todo discurso político. Esto constituye uno de los factores más importantes que articulan otros enunciados en la literatura de los escritores exiliados. Si bien, como ya se ha indicado, cabe cuestionar la existencia de una «literatura del exilio», resulta imposible negar el simple hecho de que grandes segmentos de la producción literaria argentina surgen fuera de sus fronteras. (Conviene recalcar que no se sugiere que la redacción *in situ* constituya requisito alguno para la integración a lo definido como «nacional»). Las importantes obras de Saer y Bianciotti⁹ muestran algunos de los mejores proyectos formales elaborados fuera del país y que los incorporan en un ámbito que trasciende todo localismo. En otro orden cabe ubicar el caso de

---

⁷ Héctor Libertella, *Aventuras de los miticistas* (Caracas: Monte Avila, 1972); *Personas en pose de combate* (Corregidor, 1975). Véase también su *Nueva escritura en Latinoamérica* (Caracas: Monte Avila, 1977). La onda experimental también es seguida por Germán Leopoldo García en *Cancha rayada*, 1970, y en *La Vía Regia* (Corregidor, 1975), y Luis Gusman en *El frasquito* (Noé, 1973); *Brillos* (Sudamericana, 1975); *Cuerpo velado* (Corregidor, 1978).

⁸ Héctor Tizón, *El cantar de profeta y el bandido* (Fabril, 1972); *El jactancioso y la bella* (CEDAL, 1972); *Sota de bastos caballo de espadas* (Crisis, 1975).

Daniel Moyano, *Mi música es para esta gente* (Caracas: Monte Avila, 1970); *El estuche del cocodrilo* (Ediciones del Sol, 1974); *El trino del diablo* (Sudamericana, 1974).

Antonio Di Benedetto, *Mundo animal* (Fabril, 1971); *Annabella* (Orión, 1974).

Juan José Hernández, *La ciudad de los sueños* (Sudamericana, 1971); *La favorita* (Caracas: Monte Avila, 1977).

Isidoro Blaistein, *El mago* (Ediciones del Sol, 1974).

⁹ Juan José Saer, *El limonero real* (Barcelona: Planeta, 1974); *La mayor* (Planeta, 1976).

Héctor Bianciotti, *Ritual* (Barcelona: Tusquets, 1973); *Detrás del rostro que nos mira* (Barcelona: Tusquets, 1977); *La busca del jardín* (Barcelona: Tusquets, 1978).

Cortázar. Según declaraciones ampliamente difundidas, su autoexilio se convirtió en un exilio efectivo ante el régimen imperante. La prohibición de uno de sus libros —*Alguien que anda por ahí*— debido a dos cuentos que seguramente atentan contra la tradición impuesta en estos años, frente a la amplia difusión y discusión de *Libro de Manuel* en 1973, sirve como índice de las distancias que se han recorrido en dirección al silencio¹⁰. Pero precisamente esa imposición es la que ha llevado a Cortázar a examinar con mayor detenimiento las implicaciones de su situación actual y a transformar la negatividad del exilio en un impulso hacia una acción intelectual mayor: la transformación del exilio impuesto en una «beca cruel» que obliga a mayores esfuerzos dirigidos hacia la superación de la producción literaria actual y hacia el derrocamiento del régimen militar¹¹. Frente a los múltiples exilios del Cono Sur, para no ir más al norte, esta actitud representa el abandono de esa mezcla de nostalgia-tristeza-derrotismo-renuncia, que ha caracterizado el tono amargamente elegíaco de otros momentos, y la toma de una posición que desde la literatura —pero no exclusivamente desde ella— propone sin ilusiones ni vótores prematuros una aceptación de la situación actual como primera instancia de lucha hacia su transformación.

Es ésta también la secuencia que conduce a una apertura mayor hacia el sentido mismo de lo extraño, de lo extranjero, de todo aquello que estaba tan alejado de un cuerpo tan inmediato que parecía acabar en el folklorismo de un barrio o de un paraje ya demasiado asimilado. La dureza de la expulsión también ha aportado una dimensión histórica al sentido del exilio, una lectura más pausada y madurada del eterno exiliado, una incorporación de esa figura a la presencia de tanto argentino en zonas que, a pesar de la simpatía inicial, pretenden desconocerlo. Son éstos indicios de otros alcances literarios que se evidencian en las obras más recientes de Orgambide¹². En ellas, el índice de exiliado se aúna con las huellas demacradas de otras figuras históricas que aún

---

¹⁰ Julio Cortázar, *Libro de Manuel* (Sudamericana, 1973); *Alguien que anda por ahí* (México: Hermes, 1977).

¹¹ «América Latina: Exilio y literatura», manifiesto presentado el 2-VII-1978 en Cerisy la Salle (*Arte-Sociedad-Ideología*, núm. 5, 1978), pp. 93-96; también «El lector y el escritor» (*ibid.*, pp. 96-98). Véase la entrevista a Cortázar en *Granma*, 17-II-1980, p. 5.

¹² Muy en especial en *Historias con tangos y corridos* (La Habana: Premio Casa de las Américas, 1976), y con una envergadura muchísimo más amplia, en *Aventuras de Edmund Ziller en tierras del nuevo mundo* (México: Grijalbo, 1977). Las obras que estrenó en México en los últimos años son extensiones de estos proyectos.

buscan el afincamiento en su territorialidad. Y ello se da en los términos en que figuras desconocidas por la historia oficial habían proclamado su versión del destino del continente americano.

En Viñas es precisamente esa historia oficial la que sigue siendo desmitificada como una constante de su producción literaria. Dentro y fuera del país, su literatura ha estado signada por la necesidad de perforar los velos que han encubierto la destrucción y la humillación de los vencidos; por elaborar los sentidos de la violencia militar, de los falsos atributos machistas de sus figuras; por rastrear la decadencia de los proyectos históricos que transforman sus fuerzas en bocas que carcomen sus bases, que se nutren de la falsedad de sus edictos y de la traición de sus credos y alianzas. Y la medida de esta lectura abarcadora se da al extender la línea continua que pasa de la mirada radical de *Los dueños de la tierra* para recabar en *Los hombres de a caballo* y su reciente *Cuerpo a cuerpo*¹³.

Afincados en la cotidianeidad, en las costumbres del barrio, los personajes de Costantini¹⁴ también sucumben al terror organizado por la ignorancia, el temor, la dedicación a extirpar hasta aquello que pudiera parecer sospechoso o ajeno a la norma aceptada y verificada por el poder. Es así que su reciente novela retoma imágenes de textos pasados para transformar su inocente regocijo en la poesía de amigos del arte en nuevas víctimas del régimen. Existía un antecedente notable: la versión de Trelew redactada pocos años antes.

La violencia, que para Puig¹⁵ se organizaba en sus primeras obras en torno a una visión pueblerina y que se circunscribía a la denuncia del machismo como identificación de la autoridad —con su obvia contrapartida en el homosexualismo—, también se incorporó oportunamente a un contexto en el que el homosexual debe enfrentarse a claras opciones políticas. El guerrillero se suma así a un repertorio en el cual sigue primando el deseo de la imposición homosexual dentro de parámetros identificados con una literatura que responde a fórmulas de avanzada.

La nómina de escritores es extensa. La catalogación puede resultar un tanto mecánica al intentar elaborar un cuadro de los que «escriben dentro» y los que «escriben fuera». El cuadro se complica al leer textos

---

¹³ David Viñas, *Los dueños de la tierra* (Losada, 1958); *Los hombres de a caballo* (Siglo XXI, 1968); *Jauría* (Granica, 1974); *Cuerpo a cuerpo* (México: Siglo XXI, 1979).

¹⁴ Humberto Costantini, *Hablame de Funes* (Sudamericana, 1970); *Bandeo* (Granica, 1975); *De dioses, hombrecitos y policías* (México: Nueva Imagen, 1979; Premio Casa de las Américas 1979); *Libro de Trelew* (Granica, 1973).

¹⁵ *El beso de la mujer araña* (Barcelona: Seix Barral, 1976).

aparentemente purificados de toda referencia «peligrosa» producida en el exterior por escritores que debieron salir «por falta de aire». Y es quizá este dato el que más que muchos otros señala el ambiente general del país. Ya no se trata exclusivamente de aquellos que, debido a su militancia o a posiciones políticas determinadas, se vieron obligados a emigrar para que sus únicas opciones no fueran la cárcel, la desaparición, la muerte. El aparato gubernamental ha montado un clima de represión que trasunta las directivas políticas para (in)filtrarse en toda faceta de toda producción vital a la que, por supuesto, no es ajena la literatura. Todo lo cual no ha impedido que muchos continuaran su itinerario prefijado o que, como Marta Lynch¹⁶, respondieran vitalmente a las condiciones imperantes según las normas anticipadas. Y que otros prosiguieran valientemente una labor constante que permita el eventual restablecimiento de un equilibrio racional. Son muchos, sin embargo, los que han tenido que optar por el silencio o por la búsqueda de otros lectores, por el reconocimiento de que la estancia en el país impide toda salida, toda apertura, todo diálogo desde y a través de las páginas literarias¹⁷.

El exilio como opción ha sido reemplazado en muchos casos por el exilio por necesidad. El viaje romántico de la adquisición de la cultura ha sido reemplazado por la salida penosa del que huye de la muerte. Término este que además de su irrefutable acepción literal también apunta al sofocante ruido de la autoponderación, de la historia reescrita para justificar todo exceso, de la barbarie que se distingue por las extralimitaciones de la otrora tan ansiada y tan fallida «civilización».

Las librerías —esa otra imagen del progreso— apilan las últimas traducciones; tampoco escasean los autores nacionales. Además de algunos de los citados al comienzo, conviene reconocer textos de S. Gallardo,

---

¹⁶ *El cruce del río* (Sudamericana, 1972); *Un árbol lleno de manzanas* (Sudamericana, 1974); *Los dedos de la mano* (Sudamericana, 1976); *La penúltima versión de la Colorada Villanueva* (Sudamericana, 1978).

En 1971 se celebró la publicación de *Los viernes de la eternidad* (Emecé), de María Granata, autora de *Los tumultos* (Emecé, 1974).

Entre los trabajos constantes también cabe mencionar a Bernardo Kordon, con, entre muchos otros, *Los navegantes* (Losada, 1972); *Reina del Plata* (CEDAL, 1973); *Bairstop* (Losada, 1975); *Todos los cuentos* (Corregidor, 1975).

¹⁷ Griselda Gambaro —autora de *Nada que ver con otra historia* (Noé, 1972); *Ganarse la muerte* (Ediciones de la Flor, 1976)— acaba de publicar *Dios no nos quiere contentos* (Barcelona: Lumen, 1979).

Mario Szichman —autor de *Los judíos del Mar Dulce* (Galerna-Síntesis Dosmil, 1971)— continúa la saga de los Pechof en *A las 20:25 la señora entró en la inmortalidad* (Hanover: Ediciones del Norte, 1981).

S. Ocampo, Schóo, L. Valenzuela, L. Heker, Castillo y tantos otros que configuran una lectura que se arma desde el caos¹⁸. También surge la inquietud: si en la primera mitad de la década del setenta se rescataban obras de Castelnuovo, en la segunda mitad vuelve a surgir la xenofobia de Martel y el subnacionalismo de su séquito. A un siglo de muchos de los iniciadores de la literatura argentina, el antiguo optimismo de los caballeros ha cedido a las concesiones de un desierto creado por las armas.

---

¹⁸ Sara Gallardo, *Eisejuaz* (Sudamericana, 1971); *Historia de los galgos* (Alfa Argentina, 1975); *El país del humo* (1977); *La rosa en el viento* (Barcelona: Po-maire, 1979).

Ernesto Schóo, *Función de gala* (Sudamericana, 1976); *El baile de los guerreros* (Corregidor, 1979).

Luisa Valenzuela, *El gato eficaz* (México: Joaquín Mortiz, 1972); *Aquí pasan cosas raras* (Ediciones de la Flor, 1975); *Como en la guerra* (Sudamericana, 1977).

Liliana Heker, *Acuario* (CEDAL, 1972); *Un resplandor que se apagó en el mundo* (Sudamericana, 1977).

Abelardo Castillo, *Las panteras y el templo* (Sudamericana, 1976).